

que p

**EL CAMINO POLITICO
SEGUN JAIME GUZMAN**



INFORME CONSTITUCIONAL :

NI TANTO NI TAN POCO

EX PRESIDENTE JORGE ALESSANDRI
LLEGA A SESION DEL CONSEJO DE ESTADO

El camino político según Jaime Guzmán

- ▣ Qué es un "régimen militar pre-democrático".
- ▣ Las condiciones para una democracia estable de masas.
- ▣ Este camino, a diferencia de los totalitarismos, es reversible.

LA reciente publicación de un artículo de Jaime Guzmán en la revista **Realidad**, titulado "El camino político", ha alcanzado amplia repercusión, siendo íntegramente reproducido por **El Mercurio** y suscitando refutaciones tanto de los grupos gobiernistas más "ultras" como de los opositores al Gobierno, lo que nos ha llevado a entrevistar sobre los puntos más vivos del debate que así se ha abierto.

En dicho artículo, Guzmán plantea que por razones de tradición e idiosincrasia, nuestro futuro político está ligado a la democracia, y que sólo su oportuna vigencia implicará una verdadera culminación de las metas que el actual régimen se ha propuesto. Luego de señalar que la nueva democracia debe diseñarse de modo que favorezca la libertad, la seguridad, el progreso y la justicia, y no los valores inversos (totalitarismo, estatismo, subversión, violencia y demagogia), el articulista establece los que estima como principales supuestos de una democracia estable, y que son tres:

- Un consenso mínimo de la comunidad en torno a los valores básicos de la organización social, que permita que la discrepancia no derive en anarquía o guerra civil. Si bien ello exige, a su juicio, excluir de la vida cívica a las doctrinas totalitarias y violentistas, la solidez del consenso dependerá de definitiva de la adhesión espontánea que le preste una abrumadora mayoría nacional.
- Un suficiente grado de desarrollo económico, social y cultural, que suscite un efectivo compromiso ciudadano con el sistema político imperante, ya que

nada significará jamás la democracia para quien sólo recibe de ella miseria y atraso. A este respecto, Guzmán sostiene que la democracia chilena fue estable cuando en ella sólo participaban (o manejaban el sufragio) quienes por tener acceso a los beneficios culturales y materiales del sistema, experimentaban dicho compromiso. Pero, al incorporarse después masivamente al cuerpo electoral y a la vida política amplios sectores que se sentían ajenos a un sistema que veían explícitamente como injusto, se generó la inestabilidad democrática, lo cual quedó en evidencia en 1958, al suprimirse la repudiable práctica del cohecho. Ya entonces el marxismo bordeó el tercio del electorado.

Desde entonces, dice, la llegada de aquél al poder fue sólo cuestión de tiempo, pero correspondió a un desenlace fatal de una democracia inestable, en que aventuras demagógicas o extremistas encuentran fácil caldo de cultivo.

Tras expresar que sería absurdo y anacrónico pretender el retorno a una demo-

● "Haber saltado desde 1946 en adelante, cada seis años, de un Presidente a otro que representa la antítesis del anterior no es precisamente signo de madurez ni estabilidad democrática..."

cracia de élite, el articulista plantea el imperativo de avanzar hacia un nivel generalizado de bienestar y progreso cultural que comprometa a la gran masa con el sistema, concluyendo de ello que así Chile tendrá por primera vez en su historia las condiciones para una democracia estable de masas (y no de simple élite), pero que ese logro es requisito previo para implantar nuevamente el régimen democrático en nuestro país. (Para Guzmán la relación entre desarrollo económico-social y estabilidad democrática que se observa en el mundo, indica su interrelación profunda.)

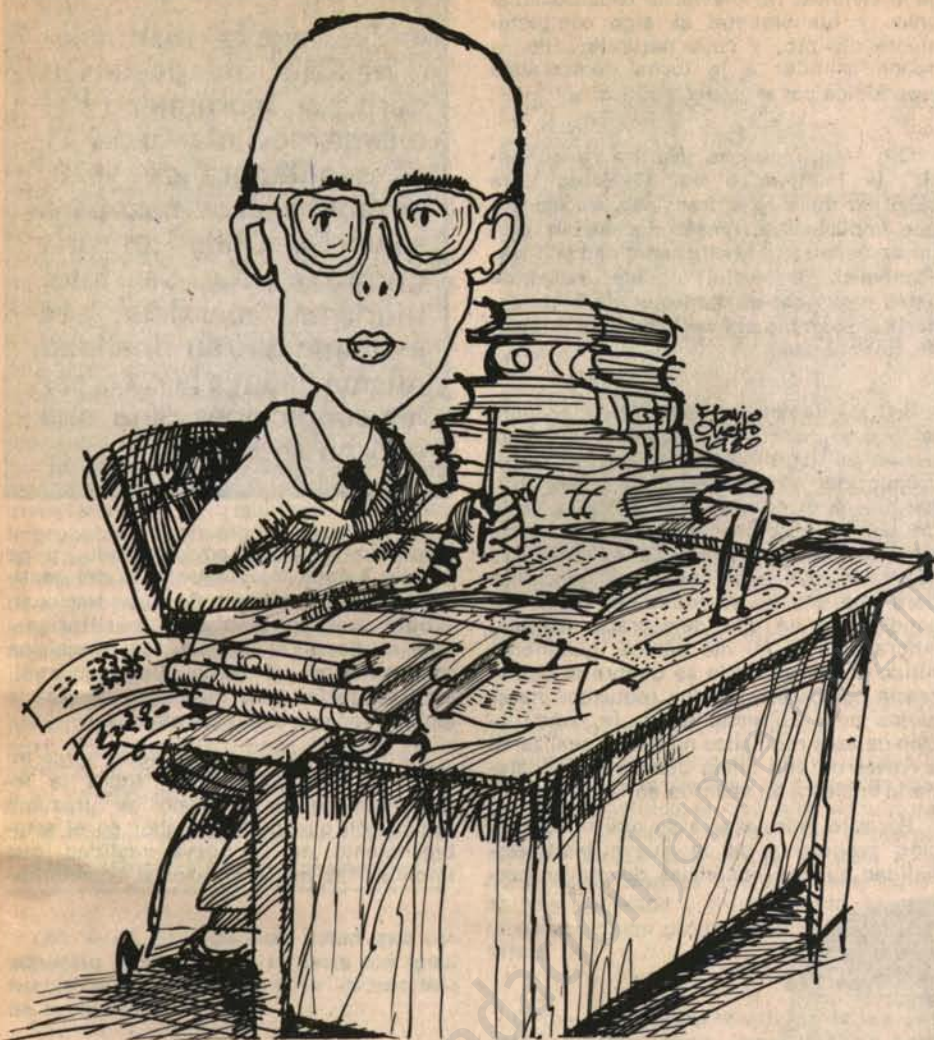
- La reducción del poder estatal conforme al principio de subsidiariedad, dejando un campo adecuado para la libertad personal, en los aspectos más ligados al destino personal y familiar, que son preponderantemente de índole económica y social. A ello agrega la necesidad de un ejercicio de estos derechos durante un período suficiente, que haga que el chileno aprecie el valor de dichas libertades que las actuales generaciones no han conocido, pero que, una vez "hechas carne" en él, serán el mejor dique contra cualquier intento socialista o totalitario.

No tanto quién, sino con cuánto poder

De lo anterior, Guzmán deriva que alcanzados esos tres supuestos, las elecciones decidirán entre diversas alternativas de gobierno, pero no pondrán en juego lo esencial de nuestra forma de vida, lo que estima necesario dentro de una democracia estable. Reducido además el poder del Estado en aras de robustecer la libertad personal, la cuestión de quién gobierne, sin perder trascendencia, no será lo más importante. Lo fundamental está y estará en cuánto poder tenga el que acceda al Gobierno, lo que se resolvería adecuadamente si se preserva la no exageración del poder estatal frente a las personas. El fruto de esa democracia estable será para Guzmán la disputa por el poder entre corrientes moderadas y relativamente similares, ya que el compromiso ciudadano con el sistema hará que, cualquiera que sea su denominación, los postulados de las corrientes que aspiren al éxito no podrán pretender el cambio de la esencia de la forma de vida que impere.

El articulista sostiene que plasmar esas condiciones para una democracia estable de masas es la gran tarea del actual régimen, y estima que su naturaleza avala la validez del Plan de Chacarillas, que contempla la plena vigencia de la nueva democracia dentro de la segunda mitad de esta década. Por eso califica al actual Gobierno militar de "pre-democrático".

Para avanzar hacia esa meta, se pronuncia en favor de mantener la actual



Jaime Guzmán: "Hay quienes se dicen partidarios del Gobierno y que no son demócratas".

tesis oficial de plebiscitar simultáneamente la nueva Constitución y la duración y modalidades de la transición, tanto para reforzar ésta con la ratificación popular, como para poner en marcha las nuevas instituciones de la Carta Fundamental en cuanto sea compatible con la subsistencia de un régimen militar, ya que ello facilita el rodaje y afianzamiento futuro de esas nuevas instituciones. Agrega que un cambio de la postura gubernativa, postergando el plebiscito para el final de la transición, habiendo un proyecto constitucional terminado e informado por el Consejo de Estado, envolvería el riesgo de pérdida de credibilidad en cuanto a la voluntad efectiva de avanzar hacia la democracia, y sería fácil y eficazmente explotado por la oposición en tal sentido.

Democracia y extrema pobreza

QP: —¿No estaría usted negando al pueblo chileno su madurez democrática,

por tanto tiempo reconocida, al señalar que el país no está aún preparado para la plena vigencia democrática?

J.G.: —Creo que generalizar en cuanto a madurez política del pueblo chileno no es serio, porque si bien hay un amplio sector que la posee, hay otro a quien por desgracia aún no se le han brindado —ni jamás se le brindaron— los elementos para adquirir esa madurez. ¿Puede alguien honestamente sostener que ésta resulta real o factible para quienes sufren la extrema pobreza, es decir, que están marginados de los beneficios más esenciales de la sociedad? A mí me parece que el haber saltado desde 1946 en adelante, cada seis años, de un Presidente a otro que representaba la antítesis del anterior no es precisamente signo de madurez ni estabilidad democrática, como tampoco lo es haber terminado eligiendo constitucionalmente a un gobierno marxista. Y cuando se libró la encomiable resistencia civil para derribarlo, no hay que olvidar que hubo un 40% del electorado (des-

contado el fraude) que en marzo de 1973 adhería a ese gobierno. Sería absurdo pensar que eso significa que había un 40% de marxistas doctrinarios en Chile. Lo que ocurría era que las fallas del sistema político, por un lado, y la inadecuación entre una democracia de masas y una situación de grave subdesarrollo, y estatismo exagerado, por otra parte, eran el mejor caldo de cultivo para que el marxismo explotara la demagogia y el odio.

QP: —Pero al final prevaleció la mayoría y el marxismo fue derrotado...

J.G.: —Sí. Pero gracias a una intervención militar dura y dramática. A mi juicio, el haber llegado a una situación objetiva de guerra civil es la prueba definitiva de una inestabilidad del sistema, y de un quiebre incompatible con una madurez política generalizada. Lo que pasa es que proclamar tal madurez es muy cómodo y de buen tono. Es una frase fácil y hermosa. Pero la realidad es muy diferente y mucho más compleja. El pueblo chileno es uniformemente sensato, pero su madurez política es muy desigual.

QP: —Si usted estima que se requiere un suficiente desarrollo económico, social y cultural como prerrequisito de una democracia estable, ¿cómo explica que haya países que hayan alcanzado ese desarrollo dentro y a través de la democracia?

J.G.: —Por una razón muy sencilla. Lo hicieron a través de una democracia de élite y no de masas. Era una democracia que sólo incluía a quienes, por tener acceso a sus beneficios, se sentían comprometidos con ella. La democracia de masas advino posteriormente sobre el cimientado de ese desarrollo. Se podría objetar que los países destruidos en la segunda guerra mundial se reconstruyeron y desarrollaron por medio de la democracia. Pero eso no contradice mi tesis, porque se trataba de pueblos que ya tenían un alto grado de desarrollo cultural, que es la dimensión más importante de éste para la estabilidad democrática. Se trataba de reconstruir, y no de vencer el subdesarrollo, lo cual es sustancialmente distinto. Lo que sostengo es que en un país subdesarrollado las grandes masas que viven en la miseria y la ignorancia carecen de todo motivo para sentirse comprometidas con un régimen político democrático que nada significa para ellos, y son por lo mismo fácil presa para cualquier demagogia o prédica extremista, porque nada tienen que perder, y además no poseen la posibilidad de distinguir entre lo que es demagógico y lo que es factible. En una situación semejante, no es viable una democracia de masas seria y estable, y las que aparecerían hoy como tales, no tardarán en experimentar la misma crisis chilena, como por lo demás lo comprobamos a diario en la fragilidad de las

democracias del llamado Tercer Mundo. Por eso insisto en que un grado suficiente de desarrollo cultural y material es requisito necesario, aunque no suficiente, para una democracia contemporánea seria y estable.

El plebiscito, algo distinto

QP: —¿No es contradictorio que usted propicie un plebiscito constitucional dentro de una realidad que no estima preparada para la plena vigencia democrática? ¿No se dan para el plebiscito las mismas objeciones?

J.G.: —No. No hay contradicción alguna. Es muy diferente un acto plebiscitario único y aislado, en que el pueblo expresa su opinión frente a un camino básico que se le propone como marco futuro, que una sucesión periódica de elecciones en las cuales se disputa el poder político. En este último caso, se empieza a vivir, un clima de efervescencia más o menos continuo en el tiempo, y es esa dinámica política la que sólo resiste en forma sólida, si están dadas las condiciones que he señalado como básicas para una democracia estable. Sin ellas, podría darse la primera y quizás la segunda elección sin mayores inconvenientes, pero la pendiente demagógica empezaría fatalmente a erosionar el sistema y pronto éste volvería a hacer crisis como

ya lo vivimos. Un plebiscito constitucional único y fundamental es algo completamente distinto, y cuya naturaleza no se puede asimilar a la lucha democrática y periódica por el poder político.

QP: —¿En qué se justifica, a su juicio, la legitimidad del Gobierno para culminar durante la transición un modelo que implica una transformación tan profunda de nuestra institucionalidad política, económica y social? ¿Qué responde usted a quienes objetan que eso es imponerle al país una nueva realidad al margen de su voluntad?

J.G.: —Vamos por partes. Desde luego, la nueva institucionalidad en gestación deriva su legitimidad del mismo movimiento del 11 de septiembre de 1973, porque, si él se hizo para salvar a Chile de una guerra civil y del totalitarismo marxista, es evidente que su finalidad misma incluye la de crear las condiciones para que ello no se repita, es decir, las condiciones de una democracia estable. Ahora bien, a mí me parece igualmente nítido que si en Chile se quebró la democracia por carecer de los requisitos necesarios para su estabilidad, la construcción de esos requisitos no podría realizarse a través de una plena democracia. Sostenlo encierra un absurdo en la raíz.

Por otro lado, aparte de que la concreción progresiva de la nueva institucionalidad supone instancias de mayor par-

● “La nueva institucionalidad en gestación deriva su legitimidad del mismo movimiento del 11 de septiembre de 1973, porque, si él se hizo para salvar a Chile de una guerra civil y del totalitarismo marxista, es evidente que su finalidad misma incluye la de crear las condiciones para que ello no se repita”.

ticipación social ya en desarrollo, y de que ha habido manifestaciones del sentimiento popular como la Consulta Nacional, estimo que un plebiscito constitucional que ratificara el período de transición conducido por el actual Gobierno militar, dispararía toda discusión sobre la legitimidad que usted me plantea.

Pero debo decirle con franqueza que mi mayor tranquilidad moral sobre la legitimidad de aquel grado de presunta imposición que pudiera haber en el establecimiento de la nueva realidad que implican las modernizaciones económico-



Ahora,
los plazos
robustecen
al régimen.

sociales y la nueva institucionalidad política es que ellas consagran un régimen libertario, y por ello esencialmente reversible. Eso es lo que he planteado con crudeza en mi artículo sobre el camino político. Y, aunque sea de paso, quiero dejar aquí constancia —a propósito de "las siete modernizaciones"— de mi absoluta concordancia con las ideas expuestas por el Ministro José Piñera en la excelente entrevista publicada en diciembre por QUE PASA, las que, a mi juicio, complementan y refuerzan mis puntos de vista.

Por otra parte, estimo improbable que prosperen aquellos que auspicien la posterior modificación de las bases del nuevo esquema, porque estoy seguro que la identificación ciudadana con él será muy fuerte, ya que cada persona percibirá los beneficios tangibles que espiritual y materialmente le reportará. Pero esa improbable reversibilidad esencial derivará de la adhesión libre de los chilenos al sistema, y no de una coacción impositiva. Por eso, en definitiva, el afianzamiento o enmienda de la nueva institucionalidad será resuelto por el pueblo. Esa es la diferencia con los totalitarismos, que son irreversibles una vez implantados plenamente. El actual proceso culminará en cambio en una democracia al servicio de la libertad, abierta por tanto a su reversibilidad.

¿Una "transición permanente"?

QP: —¿Y por qué cree usted que esa adhesión al sistema no se daría con igual fuerza si se implantara la democracia de inmediato?

J.G.: —En primer lugar, porque el éxito económico requiere todavía de varios años para que sus beneficios alcancen significativa y tangiblemente a todos los chilenos, y en segundo término, porque el ejercicio de las libertades sociales que conllevan las modernizaciones que el Gobierno impulsa, es vital para contener futuros desbordes estatistas o totalitarios. Le pongo un solo ejemplo específico. Supongamos que la reforma previsional consagre un margen de libertad para la administración de los propios fondos previsionales, ¿cree usted que alguien aceptaría en el futuro que ese derecho que ya va a haber ejercido le fuera supri-

● **"Hay partidarios del Gobierno (en quienes) sus vísceras pueden más que su propia razón. Y yo creo que la razón debe siempre prevalecer por sobre las vísceras".**



La extrema pobreza impide el ejercicio de una democracia efectiva.

mido? Y lo mismo vale para todos los campos de las modernizaciones.

Además, le reitero mi convencimiento de que ayudaría mucho a la nueva institucionalidad política el que ella adquiriera rodaje y tradición dentro del gobierno militar, porque acostumbrar al país a la democracia después que sus mecanismos se han quebrado o interrumpido es una tarea que exige gradualidad y conducción firme.

QP: —Admitiendo la validez de los que usted plantea como requisitos de una democracia estable, ¿no piensa que su carácter necesariamente sujeto a diversas apreciaciones pudiera prestarse para prolongar indefinidamente la transición o la pre-democracia?

J.G.: —Por eso, y para evitar toda duda de credibilidad, soy partidario de que la transición tenga un plazo fijo, situado dentro de la segunda mitad de esta década, y cuya fecha precisa se plebiscite simultáneamente con la Constitución. Es cierto que entre los gobiernos pre-democráticos y los antidemocráticos la diferencia, más que en las palabras, está en la intención real. Y es esta última la que hay que mostrar en forma clara. Además, estoy seguro de que ello solidificaría la estabilidad gubernativa, la cual, de lo contrario, siempre será materia de especulaciones, especialmente en los momentos de crisis. Al principio la falta de plazos robustecía al régimen. Ahora creo que tiende a debilitarlo.

QP: —Para algunos la profundidad de las modernizaciones económico-sociales aparece difícil de compatibilizar con un

plebiscito constitucional o con plazos políticos...

J.G.: —Me parece todo lo contrario. Estimo que un plebiscito como el que se ha anunciado, que además consolide la duración y características de la transición, sería un robustecimiento útil —y casi necesario— para tener la fuerza política que requiere la culminación de todas las modernizaciones. Entre ambas realidades hay congruencia, y hasta diría que recíproco condicionamiento.

QP: —¿A qué atribuye que, más allá de divergencias estratégicas, haya otros partidarios del Gobierno que hayan refutado sus planteamientos en lo conceptual?

J.G.: —En algunos casos, a pequeñas personas que más vale no considerar. Pero, en la mayoría de los casos, ello se debe a que hay personas que se dicen partidarios del Gobierno que no son demócratas. En eso no nos engañemos. Hay quienes quisieran implantar un "Estado militar" o fórmulas corporativistas de tinte fascista, o simplemente autocráticas, con pretensiones de permanentes. Y hay otros que, aunque se dan cuenta de que esto es imposible y que el único desenlace lógico y fecundo del actual régimen es una democracia profundamente renovada y gradual, pero democracia al fin, prefieren soñar la fantasía irreal y frívola del inmovilismo, sin darse cuenta que ello implicaría incubar una situación explosiva, que al estallar sería incontrolable. Sus vísceras pueden más que su propia razón. Y yo creo que la razón debe siempre prevalecer por sobre las vísceras. 